

Ética, terrorismo de estado y masculinidad: la vía del terror vista desde la óptica de género

Gabriela Castellanos

Resumen

Este ensayo es una reflexión sobre el terrorismo, mostrando su evolución a través de la historia y su exacerbación actual, señalando además que el terrorismo de Estado, a pesar de ser la forma más mortífera, tiende a ser públicamente aceptada. De igual forma, enfatiza que el ataque a las Torres Gemelas se ha utilizado para justificar ataques preventivos, torturas y hasta la suspensión de la protección legal a prisioneros, y se pregunta cuál debe ser la política pública para combatir el terrorismo de una manera ética, mostrando por qué la solución del mal menor propuesta por Michael Ignatieff es sólo un viejo truco argumentativo y no conduce a cambios reales. Por ello, se insiste en el diálogo como forma de garantizar el reconocimiento de la diversidad, la defensa de los derechos civiles y el fortalecimiento de la democracia. Finalmente, se analizan diversos aspectos del militarismo, mostrando las relaciones de esta tendencia con el género y específicamente con la masculinidad.

Palabras clave: *ética, terrorismo, militarismo, masculinidad, género*

Abstract

This essay reflects on terrorism, showing its evolution throughout history and its present-day exacerbation, also pointing out that terrorism on the part of the State, in spite of being the most deadly form, tends to be accepted by the public. Likewise, it stresses the way the 9/11 attack has been used to justify preemptive attacks, torture and even the suspension of political protection to prisoners, and asks what type of public policy must be used to fight terrorism in an ethical manner, showing why Michael Ignatieff's proposal of the lesser evil is only an old argumentative trick and leads to no real changes. Therefore, there is an insistence on dialogue as the way to guarantee the recognition of diversity, the defense of civil rights and the strengthening of democracy. Finally, diverse aspects of militarism are analyzed, showing the relations between this tendency and gender, specifically with masculinity.

Key words: *ethics, terrorism, militarism, masculinity, gender.*

...Se necesita hoy de una ética universal para que aprendamos a vivir el enriquecimiento que generan las diferencias, y nos alejemos de la unanimidad, que ha producido siempre el terror.

Estanislao Zuleta

La palabra «terrorista» es empleada hoy alrededor del mundo para justificar desde «ataques preventivos», hasta torturas y suspensión de la protección legal a prisioneros bajo la Convención de Ginebra. Estamos ante un nuevo tipo de amenaza, se nos dice, y por lo tanto las antiguas reglas ya no se pueden aplicar. ¿Es el terrorismo fundamentalista realmente un fenómeno nuevo? ¿Qué es, en definitiva, el terrorismo? ¿Hasta qué punto es lícito romper con la legalidad establecida para combatirlo?

Empecemos por la pregunta más básica: ¿cómo definir el terrorismo? Existe, en primer lugar, la definición clásica, según la cual el terrorismo es una táctica violenta dirigida principalmente a los civiles, con el objetivo de atemorizar y desmoralizar al enemigo.¹ Por otro lado, debemos reconocer que hoy en día la palabra se emplea para caracterizar peyorativamente al adversario, de tal suerte que a menudo se tilda de terrorista a todo aquel que emplea la violencia para fines que no sean del agrado del hablante. El calificativo de terrorista no sólo sirve para justificar todo tipo de acciones para eliminarlo, incluyendo grandes barbaries, sino también para explicar por qué no se recurre a negociaciones para resolver ciertos conflictos: no es posible negociar con terroristas. En este ensayo, al examinar ciertos cambios que presenta la guerra en nuestros tiempos, así como algunos aspectos del problema ético de la lucha contra el terrorismo, me ceñiré a la primera

¹ Otra definición útil es la contenida en el «Terrorism Act 2000», ley de Gran Bretaña, según la cual el terrorismo es el uso o amenaza de acción para influenciar un gobierno o intimidar al público por una causa política, religiosa o ideológica.

definición, y trataré de evitar caer en la segunda. Después de hacer algunas reflexiones sobre las posibles relaciones entre terrorismo y militarismo, indagaré sobre las que se presentan entre el militarismo y un cierto tipo de masculinidad. Por último, presentaré algunos datos y concepciones sobre la incidencia de estas tendencias en roles y relaciones de género.

El terrorismo de estado

El terrorismo, tal como acabamos de definirlo, es tan viejo como la guerra. Indudablemente el islámico contemporáneo tiene sus especificidades, como las tienen el vasco o el colombiano; sin embargo, el fenómeno tiene sus antecedentes en los ataques de Atila contra Roma en el siglo V de nuestra era, en las Cruzadas «cristianas» en la Edad Media, en las guerras santas inspiradas en Mahoma, en la conquista y colonización de América por los europeos, en los *pogroms* o masacres de judíos en Rusia.² Claro está que la tecnología moderna ha llevado el fenómeno a nuevas dimensiones.

Cuando pensamos en terrorismo, la imagen que nos viene a la mente es la de acciones perpetradas por guerrilleros, insurgentes, separatistas, organizaciones clandestinas; en realidad, el terrorismo de estado es el más mortífero, y las naciones más desarrolladas del mundo occidental son las más aptas en emplearlo. Es en el siglo XX cuando la producción de material bélico conduce a un aumento de la capacidad de estados que se preciaban de civilizados para infundir terror en la población civil de modos mucho más eficaces. Durante la Primera Guerra Mundial nos encontramos ya con innovaciones: en 1917 los alemanes estrenan en Londres la táctica del bombardeo aéreo de ciudades, causando la muerte de 162 personas, e hiriendo a 432, todos civiles. El uso de la aviación para atacar la población civil ya había sido recomendado desde 1909 por varios estrategas, quienes, según Lee Kennett, creían que «la vía más

rápida a la victoria era a través del terror» (Lee, 1995)

Esta vía fue transitada tanto por los alemanes como por los Aliados durante la Segunda Guerra Mundial. No lo hicieron sin resistencia: tanto los comandantes alemanes como los de las fuerzas aliadas se negaron inicialmente a ordenar la destrucción de propiedad privada y la matanza de civiles,³ pero ante la insistencia del alto mando, finalmente se fueron acostumbrando a la nueva práctica.⁴ Se dice que el primer asesinato es el más difícil; después, matar se convierte en un acto rutinario, y en el caso del terrorismo de estado sucedió lo mismo. Así, frente al bombardeo a Guernica por la aviación alemana en 1937, que mató a 1,500 civiles, o el famoso *blitzkrieg* con el cual los alemanes golpearon a Londres durante meses, produciendo más de 60,000 muertos, encontramos los que realizaron los Aliados: por ejemplo en Hamburgo, en julio de 1943, con 45,000 civiles muertos en pocos días, o en la ciudad alemana de Dresde (considerada uno de los más importantes centros artísticos de Europa, y donde no existían ni guarniciones militares ni industrias bélicas), devastada por la aviación norteamericana en febrero de 1945, con un saldo de 135,000 personas muertas.

Por supuesto, Europa no fue el único escenario de las atrocidades de los Aliados. Después del bombardeo a la ciudad de Tokio en marzo de 1945, que produjo la muerte a más de 100,000 civiles, el 6 de agosto los estadounidenses mataron a 110,000 personas en Hiroshima y Nagasaki; para 1950, habían muerto otras 230,000 por efectos de la radiación. Desde entonces, en Corea, Vietnam, Camboya, Somalia, Bosnia, y ahora en Afganistán e Irak, para citar sólo algunos casos, las muertes de civiles son mucho mayores que las de los combatientes de ambos bandos. Los muertos se miden hoy en miles, y la misma contabilidad resulta polémica: mientras en Estados Unidos por lo general sólo se cuentan las bajas de los soldados estadounidenses («3,500

²De paso reconozcamos que la violación sexual a las mujeres del enemigo, una práctica que es tan antigua como la guerra misma, es una forma de terrorismo, pues satisface todas las condiciones de nuestra definición.

³Es interesante recordar que los europeos habían masacrado civiles sin preocupación en sus colonias durante siglos; pero matar europeos les parecía un acto muy diferente.

⁴El artículo de Allan Forbes citado arriba narra cómo tanto Aliados como alemanes fueron pasando de la renuencia a la aceptación del bombardeo a fábricas, a casas de habitación, y a civiles.

muerdos») existen proyectos para mantener un conteo de civiles iraquíes muertos, que ya asciende a 66,807 como mínimo, y 73,120 como máximo.⁵

Es por esta razón que debemos cambiar las percepciones tradicionales de la guerra; no podemos ya creer que las tropas ubicadas en el frente conforman la primordial víctima, ni que las bajas más numerosas las componen los soldados. Por el contrario, como lo plantea Colleen Burke, «en la guerra moderna... el civil está en el epicentro del conflicto... Ya no existe un frente de batalla distinto del hogar o de la vida civil; más bien los civiles son el frente». Esta afirmación se ve respaldada por las cifras: «En la Primera Guerra Mundial, el 5% de las bajas fueron de civiles, y en la Segunda la cifra fue de un 55%. En las muchas guerras que se han librado desde entonces, los hombres y mujeres civiles han llegado a ser el 90% de las bajas. Esto no es un accidente ni una resultante desafortunada de la guerra, sino que es la meta de la guerra» (Burke, recuperado en julio de 2007). Y por supuesto, entre estas víctimas civiles la proporción de mujeres, niños y niñas es muy alta. No conozco cifras que distingan entre los sexos y edades de los miles de muertos, pero no es arriesgado suponer que en la matanza indiscriminada de civiles, las víctimas resultantes reflejen, grosso modo, la composición demográfica de la población en general.

Hay que concluir que la guerra ha cambiado, aunque las percepciones aún no lo hayan hecho, pues se sigue pensando erróneamente que es asunto de militares, y fundamentalmente de hombres jóvenes. Además, puesto que el terrorismo, como ya vimos, se define como la violencia dirigida contra la población civil, nos damos cuenta de que la vía del terror actualmente ha dejado de ser la excepción, para convertirse en el modo convencional de hacer la guerra.

El papel de la propaganda

¿Qué hizo posible que se generalizara la vía del terror en la llamada «guerra convencional», no de guerrillas? Para implementar esta vía, nos dice Allan

Forbes,⁶ eran necesarios no sólo los desarrollos técnicos de bombas y naves aéreas, sino también la aprobación de la opinión pública; es decir, era imperativo que los ciudadanos de los países que los empleaban no se sintieran asqueados por la estrategia de «destrucción masiva automatizada». (Forbes, 1995) Por eso la propaganda nacionalista y belicista era tan importante.

Actualmente, la capacidad del público de asquearse ante la destrucción masiva de seres humanos parece haber bajado a niveles mínimos, y es difícil no atribuir este hecho a la manipulación de la información por los medios. Hoy en día, para manejar los sentimientos del pueblo no hacen falta las sutilezas retóricas que Shakespeare pone en boca de Marco Antonio en el célebre discurso ante el populacho romano, con el cual hábilmente logra contrarrestar la versión de Bruto sobre el asesinato de Julio César; aparentemente, moldear los sentimientos de la gente hoy, es más una cuestión de luminotecnia, edición y efectos especiales de luz y sonido. Por eso las presentaciones públicas de George W. Bush están más orquestadas que las de Shakira.

No puede negarse que los efectos de la propaganda orquestada por la administración de Bush sobre la opinión pública estadounidense fueron contundentes en el período comprendido entre el ataque a las Torres Gemelas en el 2001 y durante el inicio de la invasión a Irak en el 2003, así como durante las primeras fases de la guerra, cuando todavía se esperaba que la invasión fuera un éxito. En los meses previos a la guerra, así como en los primeros meses del conflicto, la abrumadora mayoría de los estadounidenses creía que Saddam Hussein estaba personalmente involucrado en el ataque, y que tenía vínculos directos con Al Qaeda. En 2006, al cumplirse tres años de la guerra, y a pesar de los resultados contrarios de múltiples informes de comisiones del senado y otros estudios, un 39% de los estadounidenses continuaba creyendo que el líder iraquí había jugado un papel personal en el ataque. Un estudio realizado por el Program on International Policy (PIPA) en la Univer-

⁵Véase el web site «Iraq Body Count», que se actualiza permanentemente. El conteo se basa en las noticias de medios masivos considerados serios y confiables, y las cifras son revisadas y verificadas por parte de tres expertos antes de ser añadidas al total. En caso de divergencias entre varios informes sobre el número de víctimas, se mantiene la cifra máxima y también la mínima. Las cantidades citadas son para julio de 2007. Para consultar la versión en español: http://www.iraqbodycount.org/background_es.php

⁶Autor de documentales y escritor pacifista estadounidense que murió en 2006 a los 86 años de edad.

sidad de Maryland encontró que la gran mayoría de las personas que tenían estas percepciones erróneas obtenían sus noticias mirando los canales comerciales, en vez de la televisión pública, especialmente la cadena derechista de noticias por televisión Fox News.⁷

Tal nivel de manipulación por parte de los medios de comunicación sólo es posible cuando nos encontramos ante un esfuerzo conjunto tanto del aparato propagandístico del estado como de una masa crítica de la sociedad civil. Como lo ha dicho Noam Chomsky, «La propaganda de estado, cuando es apoyada por las clases educadas... puede lograr grandes efectos,» si se cuenta con unos medios masivos en control de la élite (Chomsky, 1993). Chomsky presenta como ejemplo los efectos logrados en la opinión pública estadounidense por la Comisión Creel, nombrada por el presidente Woodrow Wilson en 1917, y la cual logró en seis meses convertir a una población relativamente pacifista en una masa histórica, convencida de la necesidad de la guerra (Primera Guerra Mundial), mediante una propaganda que mostraba a los alemanes como monstruos.

Sin embargo, existe una diferencia importante entre la situación de hace un siglo y la de hoy, ya que el cinismo de los actuales dirigentes políticos ha aumentado en forma directamente proporcional a la disminución de los escrúpulos de conciencia del público. Mientras un Churchill admitía con preocupación que los Aliados tendrían que enfrentarse al juicio ético de la historia por el bombardeo a Dresde,⁸ algunos gobiernos de comienzos de este tercer milenio muestran una total falta de conciencia tanto en relación con el uso del terror como de tácticas como la tortura, justificando sus acciones como necesidades planteadas por la «guerra contra el terror». Este proceso de insensibilización ha conducido a la anestesia generalizada de la sociedad contemporánea, con la pérdida de todo reato de conciencia ante la violencia, proceso que «se refuerza en la vida civil por la acción de los medios que glorifican la guerra y muestran la violencia como necesaria, el combate como emocionante y la agresión como natural» (Burke, recuperado en julio de 2007).

Por otra parte, en esta primera década del tercer milenio no sólo existe una gran permisividad por parte de la opinión pública sobre la justificación del uso del terrorismo de estado, sino que el público también permanece en gran parte indiferente cuando sus propias libertades son coartadas. El éxito de la propaganda es tan grande, que en un país como Estados Unidos, donde tradicionalmente se había logrado amplio apoyo popular en campañas por la defensa de los derechos individuales, se llegó a mostrar desinterés por parte de la opinión pública en relación con la necesidad de preservar la libertad y los derechos civiles. No sólo cabe preguntarse, como lo hace Anthony Lewis en un artículo publicado en 2004, por qué el público de Estados Unidos no ha rechazado masivamente las detenciones sin juicio o las torturas en Guantánamo que se han realizado bajo la administración de Bush, sino también por qué las políticas de espionaje por medio de la interceptación de llamadas telefónicas y la vigilancia por parte de la NSA (National Security Agency) a grandes segmentos de la población civil, de las cuales se informó en diciembre de 2005, no condujeron a un rechazo masivo.

En cuanto a Colombia, vale la pena preguntarse también por qué el público colombiano continúa apoyando masivamente a las fuerzas armadas, a pesar de los persistentes informes acerca de la participación de militares en masacres realizadas por grupos de la AUC (paramilitares). Aún si todos estos informes fueran falsos, cabría preguntarse, tal como lo hizo en 1999 el entonces embajador de Estados Unidos, Curtis Kamman, cómo se explica que las masacres ocurran «sin interferencia bajo las narices de varios cientos de miembros de las fuerzas armadas colombianas» (Evans, 2005). Para dar sólo un dato adicional, el asesinato sistemático de los integrantes y simpatizantes del partido izquierdista Unión Patriótica, con vínculos tanto con el Partido Comunista como con la guerrilla de las FARC, tampoco ha producido el repudio que podría esperarse, y continúa impune.

Claro está que es muy probable que muchas personas en Colombia consideren que la lucha contra

⁷ Véase el informe de la World Public Opinion Organization, publicado en octubre 2 de 2003: http://www.worldpublicopinion.org/pipa/articles/international_security_bt/102.php?nid=&id=&pnt=102&lb=brusc

⁸ En un memo a su Staff de Aviación, Churchill escribió: «la destrucción de Dresde sigue siendo un grave interrogante contra la conducta de los bombardeos aliados» (Forbes, 1995).

las guerrillas («los malos») justifica este tipo de acciones. Sin embargo, la misma indiferencia se presenta cuando sus propias libertades están en juego. Por ejemplo, en su momento la opinión pública colombiana demostró casi nula preocupación por lo que muchos juristas consideran como una pérdida considerable de libertad bajo el Estatuto Anti-Terrorista de la administración del presidente Uribe, aprobado por el congreso colombiano en 2003.

La «moralidad del mal menor»

Una explicación posible para la insensibilidad de la opinión pública, en el caso estadounidense, al menos ante los excesos cometidos contra minorías como los ciudadanos de origen árabe o musulmán, nos la da el politólogo estadounidense Michael Ignatieff, director del Centro Carr de Políticas de Derechos Humanos de Harvard, en su libro *El mal menor: Ética política en una era de terror* (Ignatieff, 2004). La historia muestra, nos dice, que a las mayorías les importa mucho más su propia seguridad que las privaciones injustificadas de libertad que afectan a minorías—aún cuando esas mayorías pueden luego llegar a sufrir los mismos desmanes que en un principio no los afectaban. (Ignatieff no se refiere a la pasividad del público ante la pérdida potencial de sus propias libertades).

En el contexto de las inquietudes que se plantean los académicos sobre cuál debe ser la política pública para combatir el terrorismo de una manera ética, Michael Ignatieff nos habla de «tres moralidades», tres maneras de enfrentar el reto. La primera de ellas, que Ignatieff llama «moralidad de las consecuencias» (un rótulo que parece embellecer un tanto el viejo adagio de que «el fin justifica los medios»), es la que preconizan quienes comparten la mentalidad de George Bush: los terroristas deben ser considerados «enemigos de la raza humana», y perseguidos sin tomar en consideración sus derechos humanos. Esta posición, evidentemente inaceptable desde el punto de vista ético, presupone que las vidas de nuestros correligionarios son más importantes que las de nuestros enemigos. Es, curiosamente, la misma postura de Osama Bin Laden y de otros extremistas islámicos.

En el actual conflicto colombiano, este tipo de «moralidad» se manifiesta en quienes, desde cual-

quiera de los bandos en pugna, hablan de sus adversarios como «bandidos», «paracos», «guerrillos», «burgueses hijo'etantas» (o, alternativamente, «gringos hijo'etantas») o calificativos similares, con la concomitante tendencia a considerar legítimos todos los medios que conduzcan a la eliminación del enemigo. La reciente masacre de once diputados del Valle del Cauca, aparentemente a sangre fría a manos de las FARC, es un ejemplo doloroso de las consecuencias de este tipo de «moralidad». Pero a la luz de la indiferencia generalizada con que se recibieron las revelaciones de este mismo año, sobre las fosas comunes de las víctimas de las AUC, y los métodos de esta organización, entre los que estaba la práctica de descuartizar vivos a campesinos, es difícil no concluir, por mucho que nos duela, que esta «moralidad de las consecuencias» es actualmente la más común en la opinión pública colombiana.

La segunda moralidad, continúa Ignatieff, es «la de la dignidad», la de los defensores de las «libertades civiles», quienes piensan que acciones como las torturas siguen siendo equivocadas no importa cuán eficaces sean para obtener información estratégica. Al plantearla como uno de dos extremos, Ignatieff claramente la condena, por no tomar suficientemente en serio las circunstancias que rodean a toda guerra.

Según el mismo autor, existe una tercera posición, intermedia entre las dos anteriores, que él llama «moralidad del mal menor», según la cual en algunos casos las consecuencias pueden ser tan importantes que podría justificarse, por ejemplo, «someter a un individuo a un interrogatorio implacable—aunque no con medios físicos—para extraerle información crítica». Tales acciones se justifican, continúa diciendo, sólo con las condiciones siguientes: primero, si las medidas coercitivas que adoptamos son «genuinamente un último recurso»; segundo, si nos repugnan en principio pero después de considerarlo cuidadosamente nos damos cuenta de que los resultados salvarán muchas vidas; y tercero, si nuestros conciudadanos están de acuerdo con esta posición.

El planteamiento de «tres moralidades» al que recurre este autor es un viejo truco argumentativo, consistente en enunciar una posición que se ubique más a la derecha (o que sea más severa) que la nuestra, y otra más a la izquierda (o más libertaria),

y de este modo presentar la postura que defendemos como intermedia, como la más equilibrada, como lo que los griegos llamaban «la mediana de oro». El problema consiste en que siempre es posible presentar a otros como radicales, o usar sutiles argumentos para calificar de extremista inclusive a un discurso tan poco virulento como la defensa de los derechos civiles.

De acuerdo con Ignatieff, la llamada «guerra preventiva» podría justificarse como un mal menor si la evidencia en este sentido convence a la opinión pública en «los pueblos libres». Pero esto fue lo que sucedió cuando la administración de Bush convenció a su pueblo de que la invasión a Irak estaba justificada. Y, como nos lo dice Ronald Steel, reseñador para el **New York Times** del libro de Ignatieff (Steel, 2004), «Puesto que el mismo Ignatieff ahora reconoce que ‘no parece haber habido justificación preventiva alguna’, ¿qué valor moral podemos asignar al hecho de que una mayoría de estadounidenses asustados se dejó convencer por su presidente? ¿Debemos considerar la invasión un mal menor porque por un tiempo pensamos que se justificaba moralmente? La ética debería construirse con material más consistente». El argumento de Ignatieff, como vemos, es contradictorio, pues él mismo reconoce la ceguera de las mayorías ante la pérdida de derechos de las minorías.

La pérdida de los derechos de los demás tiende a parecernos un mal menor, nos dice Ignatieff; de allí deduciríamos que es la pérdida de los derechos propios la que generalmente nos duele. No obstante, como ya señalamos, la histeria y el miedo difundidos por los medios masivos pueden conducir a que la mayoría se avenga inclusive a esta última pérdida. Además, siempre es fácil recomendar mesura y tolerancia a los demás, y mucho más difícil ponerlas en práctica nosotros mismos. Esta condición humana (lo que los evangelios llaman «ver la brizna en el ojo ajeno y no la viga en el propio») se demostró una vez más cuando Vladimir Putin comenzó a limitar las libertades civiles en Rusia. Desde el mundo diplomático, a través de los expertos en relaciones exteriores y de las ONGs, se han levantado clamores para que respete la libertad de prensa y otros derechos civiles, y también para que al menos dialogue con los

rebeldes de Chechenia. La respuesta de Putin puede ser cínica, pero pone en evidencia las contradicciones de sus críticos: ¿por qué no dialoga Bush con Al Qaeda, o Ehud Olmert, primer ministro de Israel, con Hamás?

Evidentemente, no es fácil dialogar con quien se propone eliminarnos. Pero hay siempre elementos menos radicales entre los contrarios con quienes se puede ensayar la vía del diálogo. Y aún en momentos cuando no sea factible sentarse a una mesa de negociación con el adversario, existe la posibilidad de intentar entender sus motivaciones, las razones por las cuales sus posiciones les parecen atractivas a sus seguidores, las causas más profundas del conflicto; siempre es posible buscar, sin ceder ante los violentos, sin apaciguamientos timoratos, la manera de reconocer e intentar resolver al menos algunas de las demandas legítimas del contrario.

La vía del diálogo y no la del mal menor, con el perdón de Ignatieff, es la vía intermedia entre la guerra y el entreguismo. Es un camino que implica el reconocimiento de la diversidad, a la vez que el alejamiento de los dogmatismos y del unanimismo. Es la vía que nos puede permitir la defensa de los derechos civiles, el fortalecimiento de la democracia, la construcción de la paz, considerada ésta no como la ausencia de conflictos, sino como la capacidad para dirimirlos, para tomarse en serio los intereses ajenos, para fijarse metas negociables y pactar soluciones.

No podemos dejar de reconocer, sin embargo, que existen fuertes resistencias contra esta vía. Alimentada por la propaganda, la tendencia militarista se hace cada vez más fuerte, tanto en nuestro país como en el resto del mundo. Se trata de una propaganda que no sólo proviene del estado mismo sino también del coro compuesto por unos medios masivos cada vez menos críticos, cada vez más dominados por los intereses de las élites.

Militarismo y jerarquización

Como base para el análisis de la relación entre el fenómeno militarista y ciertas propensiones sociales, adoptaremos la definición del militarismo propuesta por el Consejo Mundial de Iglesias: una tendencia por la cual «los valores, ideología y patrones de conducta militares logran una influencia dominante

en los asuntos políticos, sociales, económicos, y en la política exterior de los estados»; en consecuencia, «los esquemas ideológicos y de conducta tanto del gobierno como de la sociedad en su conjunto» se asemejan cada vez más a los de las fuerzas militares (Burke). Se prefiere entonces el uso de la fuerza, a pesar del número de víctimas tanto militares como civiles que produce, incluso para situaciones y problemas que podrían prestarse a otras vías de solución.

Estos procesos se hacen necesarios en una sociedad en la cual la guerra, o al menos el uso de la fuerza militar, sea una opción frecuente, lo cual conduce al imperativo de contar con una ciudadanía convencida de las bondades de las virtudes marciales. No debemos olvidar que, (en las palabras de Francine D'Amico):

No son los soldados los que hacen la guerra sino las sociedades: los contratistas, los cónyuges de los militares, los empleados civiles del Ministerio de Defensa, los hombres y mujeres voluntarios de la Cruz Roja, y muchos otros, son todos componentes necesarios del sistema de la guerra, y no auxiliares superfluos (D'Amico, 2003)

A los grupos que esta analista menciona debemos añadir el conjunto de los ciudadanos y ciudadanas, que debe aceptar hacer aportes financieros mediante los impuestos, y simplemente brindar el apoyo de la opinión a las acciones bélicas. En consecuencia, se hace necesario lograr el arraigo del militarismo en la sociedad por medio de la difusión de actitudes, símbolos y discursos propios de las fuerzas militares en la población civil. Estos símbolos y discursos aparecen relacionados con una división ética entre «buenos» y «malos» donde los adversarios son satanizados, y con un tipo de nacionalismo que define como enemigos tanto a los extranjeros como a quienes disienten del discurso dominante.

Al mismo tiempo, en las sociedades militaristas las relaciones sociales de manera prototípica aparecen basadas en una dicotomía entre dominación y sumisión, y la jerarquía y la dominación se ven como prerequisites para el orden y la estabilidad social. De este modo se llega a jerarquizar muchos tipos de relaciones, entre ellas las que tienen que ver con los roles femeninos y masculinos, y se aceptan la violen-

cia, la coerción y la fuerza como modos no sólo legítimos sino también preferidos para la solución de conflictos. No debemos olvidar que las guerras ocurren debido a que son consideradas necesarias por parte de quienes ocupan los escalones dominantes en las jerarquías de poder, jerarquías que no sólo tienen que ver con el género sino también con la raza y el color, la etnicidad, la clase social y la sexualidad. Como señala D'Amico, «La guerra sirve para sostener la jerarquía de género, la oligarquía, el colonialismo, el racismo, el etnicismo, y el heterosexismo, debido a que la diferencia se emplea para justificar la dominación»(D'Amico, 2003). Por esta razón, el militarismo se afianza en las distintas subordinaciones sociales, y las élites y los grupos hegemónicos son sus grandes beneficiarios.

Este afianzamiento llega a su fruición cuando la alternativa al militarismo se plantea como un descenso al caos. Además, la renuencia a emplear la violencia, la propuesta de soluciones pacíficas, no sólo se vuelven sospechosas para los militaristas, sino que el anhelo de construir vías de diálogo y concertación para resolver conflictos es visto como falta de vigor y hasta de salud mental. Así lo expresó Norman Podhoretz, un intelectual estadounidense partidario de Reagan, quien dijo durante su presidencia que existía en Estados Unidos un «síndrome de Vietnam», que consistía en «inhibiciones enfermizas contra el uso de la fuerza militar» (Citado por Chomsky, 1993). En otras palabras, sólo las virtudes marciales merecen ser apreciadas; cualquier indicio de repugnancia ante el uso de la violencia constituye una especie de enfermedad.

En Estados Unidos, un ejemplo claro de militarismo de la opinión pública y de los medios fue el apoyo a la invasión de Irak en marzo de 2003, a pesar de todas las evidencias existentes que permitían dudar de la certeza de los argumentos empleados para justificarla. En Colombia, es evidente que desde el inicio de la primera presidencia de Uribe nos encontramos ante un militarismo creciente. Para dar sólo un ejemplo, la negativa del presidente a considerar otra solución al problema de los secuestrados que no sea el rescate militar, parece contar con el respaldo de una gran parte de la sociedad civil, a pesar de las desastrosas consecuencias que muy frecuentemente

tiene el empleo de este recurso, y a pesar de la oposición de los familiares de las personas secuestradas. En ambos casos, vemos la importancia del miedo y la ira ante las acciones de un enemigo despiadado para producir un aumento de las tendencias militaristas en la opinión pública.

Masculinidad hegemónica, militarismo y clase social

Una de las razones para el creciente militarismo es la preponderancia, en Colombia como en el mundo, de lo que podemos llamar el tipo más común de masculinidad dominante, fuertemente asociado a la tendencia al belicismo y a la ideología de la militarización. Para muchas personas, el no apoyar las acciones y las actitudes militares constituye una falta de hombría, una debilidad sólo perdonable a las mujeres, las cuales, para quienes así piensan, son completamente ineptas para gobernar por su suavidad y falta de firmeza. Se trata, entonces, de una masculinidad fuertemente asociada a la misoginia y a la homofobia.

Para Joshua Goldstein, autor de un interesante libro sobre las relaciones entre guerra y género, el modo como la sociedad y la cultura de Estados Unidos contribuyen a la construcción de la masculinidad conduce a que exista una fuerte motivación para que los hombres se lancen a la guerra, y/o la apoyen. En primer lugar, los varones tienen la (casi) exclusividad en el estatus de guerrero, y las normas de la masculinidad aparecen asociadas con el prototipo cultural del guerrero.⁹ El adiestramiento para la guerra, encaminado a que los futuros soldados se sobrepongan al deseo de preservación, llegando al «heroísmo» que consiste en poner las metas de la batalla por encima de su vida, conduce a una masculinidad que se considera en esa cultura como prototípica. Por estas razones, en Estados Unidos el adiestramiento para la guerra se convierte a menudo en un rito de paso de los jóvenes hasta convertirse en varones adultos. La guerra en sí se considera una prueba de virilidad (Goldstein, 2001).

⁹ Aunque actualmente las mujeres se están incorporando paulatinamente a las fuerzas militares, aún son minoría. En el 2006, la presencia de las mujeres en las fuerzas militares en 14 países de la OTAN seleccionados para estudio oscila entre el 0,5% en Polonia, y el 13,5% en España. Francia es el segundo país con mayor presencia militar femenina, con un 13,3%, y Estados Unidos el tercero, con 10,5%. Italia y Turquía se encuentran entre los de menor presencia, con 1,6% y 3,1% respectivamente. (Hombrados, Olmeda, Del Val, 2007). En cuanto a Colombia, recientemente se informó que 3,900 mujeres eran parte del Ejército, lo cual representa una fracción mínima de esta rama de las fuerzas armadas.

Lo que no menciona Goldstein es la diferencia de clases en relación con esta asociación ideológica entre adiestramiento militar y virilidad, ya que los jóvenes de las élites siempre han participado en mucha menor proporción en las fuerzas militares. Hasta hace poco, sin embargo, para la opinión pública era un requisito político haber participado en alguna guerra (o al menos no haber evadido el participar) para ser candidato a la presidencia de Estados Unidos, aún cuando la mayoría de ellos provenían de las clases más altas. Existía en la opinión pública una imagen de la formación ideal del líder político que aspirara a ser presidente, y por lo tanto comandante en jefe de las fuerzas armadas, y esta formación incluía la experiencia en la guerra. Pero esta ideología parece estar cambiando, ya que los últimos dos presidentes de ese país (Clinton y Bush) no estuvieron en la guerra en Vietnam en su juventud, el primero por haber recibido una importante beca para estudiar en Oxford (la beca Rhodes), y el segundo debido a que fue adiestrado como piloto dentro de Estados Unidos como miembro de la Guardia Nacional (y según informes persistentes, se ausentó indebidamente del adiestramiento). Estas circunstancias, por supuesto, no le impidieron a Clinton tomar decisiones marciales como los bombardeos a Bosnia y a Irak, ni a Bush optar por la invasión a Irak. Por su parte el vicepresidente de Estados Unidos, Richard Cheney, aún más militarista que Bush, ni siquiera cambió el servicio militar en Vietnam por una asignación doméstica en la Guardia Nacional; simplemente aprovechó las «postergaciones» (*deferments*) debido a su estatus como estudiante, luego como esposo, y finalmente como padre. En una entrevista con George C. Wilson del *Washington Post* en 1989, Cheney manifestó: «En la década de los 60, yo tenía otras prioridades distintas al servicio militar».

La relación entre participación en las fuerzas armadas y clase social es aún más fuerte en Colombia que en Estados Unidos; aunque las actitudes guerreras son igualmente valoradas y relacionadas culturalmente con la masculinidad, el real ejercicio de la guerra es reservado mayoritariamente para las clases

menos favorecidas. A pesar de la existencia del servicio militar obligatorio para todos los varones mayores de 18 años,¹⁰ en la práctica sólo lo cumplen los jóvenes más pobres, generalmente los hijos de obreros y campesinos. Debido a la crudeza del conflicto armado, donde la subversión de la guerrilla se complica aún más por la presencia de fuerzas paramilitares y la alianza de ambos con narcotraficantes, la mayor parte de los padres de jóvenes de clase media, media alta y alta buscan subterfugios y sobornos para no enviar a sus hijos a prestar el servicio. Está tan generalizada esta evasión, que no he conseguido ninguna biografía de Uribe en la cual se mencione siquiera el hecho de si prestó o no servicio militar obligatorio; los lectores y lectoras en Colombia simplemente dan por sentado que una persona perteneciente a la clase social de la cual proviene el actual presidente no va a ser reclutado por las fuerzas armadas. (Lo mismo puede decirse de sus hijos, Tomás y Jerónimo). Lo curioso es que esta evasión ilegal usualmente no es considerada señal de debilidad ni cobardía, y las mismas personas que han recurrido a estos medios ilícitos para salvar a sus hijos de la participación en el conflicto, a menudo continúan predicando la solución armada al conflicto colombiano no sólo como preferible, sino como la única posible.

Este mismo desfase entre participación en la guerra e ideología guerrera se observa hoy en los Estados Unidos. Bush como presidente y Cheney como vicepresidente (en el concepto de muchas personas, más influyente que el propio presidente al definir la política exterior de ese país) dan muestras de un militarismo coloreado por a un fuerte apego a una masculinidad avasallante, a pesar de su propia historia de evasión de la guerra. Se trata de una tendencia con graves consecuencias para la política exterior. En una entrevista radial que luego fue transcrita y publicada por Internet, la analista estadounidense Cynthia Enloe, autora de varios libros sobre las relaciones entre «la política sexual» y la guerra,¹¹

afirma que tanto Bush como Cheney y Rumsfeld, quien entonces todavía era secretario de Defensa, no sólo evidencian que se adhieren a tal concepto de la masculinidad, sino que además, para ellos, los conflictos y debates propios de la democracia son señales de desorden (lo que se denomina en inglés «*messiness*»), indicios de la falta de esa férrea disciplina militar que no cuestiona las órdenes. Por lo tanto, asocian la democracia con la feminidad, y por ello desprecian a ciertos miembros (o ex-miembros) del mismo gobierno que no comparten su ciego militarismo, como Colin Powell (paradójicamente, un general retirado). Asimismo, desprecian la diplomacia, la cual consiste en resolver los conflictos mediante el diálogo y no por medio de la fuerza, y por ende tienden a hablar en términos peyorativos del Departamento de Estado (lo que en otros países se llama Cancillería o Ministerio de Relaciones Exteriores).¹² Una señal lingüística de esta asociación en la mente militarista entre debilidad y feminidad se advierte cuando los partidarios de Bush acusan de debilidad a sus adversarios empleando el término «*softness*» (que quiere decir a la vez «blandura» y «suavidad»).

En nuestro país, los discursos del presidente Uribe aparecen a menudo salpicados de un nacionalismo que apela al uso de la fuerza militar, mediante referencias reiteradas a «la defensa de la patria».¹³ Lo que nos ocupa más directamente aquí es el rechazo a toda forma de diálogo o concertación en el discurso político del actual presidente de Colombia, y la tendencia reiterada de una gran parte del público colombiano a asociar cualquier forma de negociación con debilidad, y ésta con la feminidad o la homosexualidad. Esta tendencia se advierte en los «foros virtuales» del diario nacional colombiano *El Tiempo* y de la revista *Semana*, en los cuales muchos lectores e incluso algunas lectoras dan muestras de un militarismo fuertemente saturado por la idealización de la masculinidad violenta, al enviar sus reacciones por medio electrónico a las columnas de opinión sobre el

¹⁰Aunque en 2002 el entonces candidato presidencial Álvaro Uribe Vélez se comprometió a suprimir el servicio militar obligatorio al ser elegido presidente de Colombia, esta medida nunca ha sido tomada.

¹¹ Véase, por ejemplo, Enloe, C. (1993, 2004)

¹² «Masculinity, oil, war, torture», transcripción del programa de radio de Doug Henwood, transmitido el 20 de mayo de 2004, (Tomado de <http://www.leftbusinessobserver.com/Enloe.html>) .

¹³ El papel apropiado de las mujeres, dentro de esta mentalidad, es el de apoyar incondicionalmente a los «soldados de la patria», aplaudirlos y admirarlos, a la vez que servir como «descanso del guerrero». (Véase Castellanos, Rodríguez y Bermúdez, 2001, p. 168-184). Por supuesto, la realidad es a menudo muy diferente de esta idealización, de por sí sexista.

conflicto armado en Colombia. En términos a menudo soeces y amenazantes, estas personas frecuentemente evidencian su misoginia y su homofobia al vilipendiar a quienes osan criticar al presidente por su política de «Seguridad Democrática», fundamentalmente basada en las acciones marciales.

Los roles de género y el militarismo

Sin embargo, la construcción de una masculinidad militarizada no se reduce a las acciones bélicas ni al adiestramiento para la guerra, sino que se extiende a la socialización de los varones en toda la sociedad, mediante los roles de género que se inculcan en los tiempos de paz y en la vida civil. Como lo demuestra Colleen Burke, «las características que usualmente se trata de enseñar en los varones escolares, y por la cual se les dan recompensas, difiere muy poco de las que se inculcan en los reclutas durante su adiestramiento». Estas características incluyen la competencia dentro de una visión jerárquica del mundo, el uso de la fuerza y la agresión en los conflictos, así como la prohibición de las lágrimas y de dar muestras de emociones consideradas «débiles», como la ternura, y la vulnerabilidad.

Tales actitudes se difunden en el sistema escolar al enfocar gran parte de la educación que se da a los varones hacia los logros «masculinos». Por otra parte, la educación física y los deportes animan a los varones a ser competitivos y a emplear la agresión física; adicionalmente muchos juguetes convierten la guerra en un juego. «De este modo los varones se desarrollan para convertirse en hombres que aspiran a ser soldados o que por lo menos son capaces de aceptar la violencia o de perpetrarla. Las niñas, de modo similar son socializadas para aceptar actitudes de conformidad y sumisión, y sus juguetes las preparan para papeles que reflejan características maternas». Estas ideas se incorporan profundamente, y la sociedad acepta la idea de que es «natural que los varones sean agresivos y las niñas sean pasivas» (Burke, recuperado en julio de 2007).

Considero importante reconocer que la subordinación social de las mujeres es una parte integrante de la ideología militarista, y no simplemente una de

sus posibles consecuencias. Para Cynthia Enloe, el militarismo está de tal modo vinculado con las construcciones culturales de los femenino y lo masculino que «omitir el género de una explicación de cómo ocurre la militarización, no sólo nos pone en riesgo de un análisis político defectuoso; también nos pone en peligro del fracaso perpetuo en el intento de echar atrás ese militarismo» (Enloe, 1983).

La subordinación de las mujeres es importante para el militarismo debido a que uno de sus valores básicos es la dominación, o el poder hegemónico, y en nuestra sociedad, en la cual se glorifica la masculinidad y se inferioriza la feminidad, las relaciones de género constituyen una de las formas primarias en las cuales se ejerce este poder. Una de sus manifestaciones más claras es la violencia intrafamiliar, dirigida mayoritariamente contra las mujeres, que a menudo se tolera, o se castiga muy levemente. Como lo señala, de nuevo, Burke, en muchos países la incidencia de este tipo de violencia es más alta en las familias militares que en las de los civiles.

Aunque una revisión detallada de las relaciones entre las mujeres y el militarismo rebasa los límites de este ensayo, digamos de paso que las mujeres sufren y se relacionan con la guerra de modos variados,¹⁴ que van desde la participación directa como combatientes hasta la victimización, ya sea de modos indirectos, por ser ellas viudas o huérfanas de combatientes, o de maneras directas, como las violaciones masivas o las torturas específicamente dirigidas a ellas. Por ejemplo, José Olavaria (2006) nos da cuenta de la política represiva, específicamente dirigida a las mujeres, por parte del estado chileno durante la dictadura.

Otros tipos de violencia contra las mujeres relacionados con el militarismo incluyen el uso de pornografía, la violación y la esclavitud sexual. Por ejemplo, las tropas británicas antes de embarcarse para las Islas Malvinas veían videos pornográficos; lo mismo sucedía con los pilotos estadounidenses antes de salir a bombardear sus objetivos en la guerra del Golfo. Parecería que la pornografía, al exhibir la humillación de la mujer mediante una sexualidad femenina sometida, puesta al servicio del placer del varón, de

¹⁴Véase, por ejemplo, Velásquez, M. (2001) y Aguiñada, D. (2001).

alguna manera servía para remover y energizar las tendencias agresivas de los soldados o pilotos.

Por otra parte, como se ha dicho repetidamente, la violación es una forma de agresión, una muestra de profunda animadversión contra las mujeres, más que un resultado de la intensidad de los deseos sexuales de los varones. Desde los tiempos homéricos, las mujeres de los vencidos han sido consideradas botín de guerra, propiedad de los vencedores, quienes así demostraban su poder viril humillando a los enemigos derrotados, considerados como los propietarios de las mujeres. Por esa razón la violación en condiciones de guerra, según Ruth Seiffert, es una relación entre hombres por mediación de las mujeres (Seiffert, 1993. p. 1).

Finalmente, se habla con frecuencia de la prostitución que acompaña a muchas campañas bélicas, pero a menudo no se trata de relaciones sexuales en las cuales hay intercambio de dinero, sino de una verdadera esclavitud sexual, establecida por los militares. Burke nos relata el caso de 200.000 mujeres asiáticas que fueron sistemáticamente sometidas a esclavitud sexuales por los japoneses desde 1928 hasta fines de la segunda guerra mundial. Estas mujeres, en su mayoría coreanas, fueron secuestradas por el ejército japonés y mantenidas por medio de la fuerza y la vigilancia en prostíbulos para uso de las tropas japonesas en muchas localidades del sureste de Asia, donde a menudo debían sostener de 10 a 20 coitos al día. Cabe preguntarse cuántos casos habrá de esclavitud sexual en lo que con frecuencia se ha llamado prostitución en torno a la guerra.

En Colombia, por ejemplo, estos casos han sido reportados por Radhika Coomaraswamy, Relatora Especial de la ONU de Violencia contra la Mujer, en su visita a Colombia en noviembre de 2001. En su informe sobre este país, la Relatora constató que en el conflicto armado en nuestro país, «la violencia contra la mujer, en especial la de carácter sexual por parte de grupos armados, resulta habitual en el conflicto... Grupos de hombres armados secuestran a mujeres a las que mantienen en detención durante algún tiempo en condiciones de esclavitud sexual, someten a violación y obligan a realizar tareas domésticas».

En conclusión, podemos afirmar que el militarismo y la jerarquía entre los géneros se relacionan no sólo debido a la masculinidad hegemónica, sino también a la violencia institucionalizada hacia las mujeres. Por este motivo, hombres y mujeres tenemos mucho que ganar al oponernos al militarismo, así como la sociedad tiene mucho que beneficiarse, en términos de paz y disminución del militarismo, del empoderamiento de las mujeres y de la desconstrucción de la dominación masculina. En otras palabras, el propósito de acabar con el sexismo y la subordinación de las mujeres es un componente importante de los esfuerzos por fomentar una cultura de paz, a la vez que la tarea de construir una sociedad libre de militarismo puede ser una gran contribución para el logro de la equidad entre los géneros. Una manera importante de conseguir ambas metas, es rechazar el militarismo contemporáneo, oponiéndonos así al cerco cultural del terrorismo de estado.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUIÑADA D. D. (2001) «Una mirada feminista sobre la participación de las mujeres en la guerra». EN: *Hommes armés, femmes aguerries. Rapports de genre en situations de conflit armé*. Compilación Fenneke Reysoo. Ginebra: UNESCO.
- BURKE, C. «Women and Militarism». Women's International League for Peace and Freedom. <http://www.wilpf.int.ch/publications/womenmilitarism.htm>
- «Bush and the Lesser Evil», (2004, Mayo 27) *New York Review of Books*, 51 (9, 27).
- CASTELLANOS, G., Rodríguez A. N. y Bermúdez N. L. (2001) «Mujeres y conflicto armado». En: *Sujetos femeninos y masculinos*. Gabriela Castellanos, Simone Accorsi (Compiladoras). Cali: Univalle/ La Manzana de la Discordia, ISBN: 958-96107-2-2. p. 168-184.
- CHOMSKY, N. (1993) «Media Control», *Alternative Press Review*.
- D'AMICO, F. (2003) «Review of Joshua S. Goldstein, War and Gender: How Gender Shapes the War System and Vice Versa,» H-Minerva, H-Net Reviews, URL: <http://www.h-net.org/reviews/showrev.cgi?path=237351067805773>
- ENLOE, C. (1983) *Does Khaki Become You? The Militarization of Women's Lives*. London: Pluto Press.
- ENLOE, C. (1993) *Sexual Politics at the End of the Cold War. The Morning After*. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press.
- ENLOE, C. (2004) *The Curious Feminist. Searching for Women in an Age of Empire*. Berkeley and Los Angeles, California: University of California Press.
- EVANS, M. (2005). «Paramilitaries as Proxies.» Declassified evidence on the Colombian army's anti-guerrilla «allies.» The National Security Archive. Posted - tomado de: <http://www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB166/index.htm>
- FORBES, Allan. (1995) «Atrocities». *Boston Review*. <http://bostonreview.net/BR20.4/Forbes.html>
- GOLDSTEIN, J. S. (2001) *War and Gender: How Gender Shapes the War System and Vice Versa*. Cambridge, Mass.: Cambridge University Press.
- HOMBRADOS, A., Olmeda, J.A., Del Val, C. «La incorporación de las mujeres a las Fuerzas Armadas: el caso español y su percepción pública en perspectiva comparada (DT)». DT N° 7/2007 22/02/2007, Recuperado el 10 de octubre de 2007 de: http://www.realinstitutoelcano.org/wps/portal/rielcano/contenido?WCM_GLOBAL_CONTEXT=/Elcano_es/Zonas_es/Defensa+y+Seguridad/DT7-2007 Re
- IGNATIEFF, M. (2004) *The Lesser Evil: Political Ethics in an Age of Terror*. Princeton, New Jersey: Princeton University Press.
- LEE, K. (1995) *A History of Strategic Bombing*, New York: Charles Scribner's Sons, 1982, citado en Allan Forbes, «Atrocities». *Boston Review*. <http://bostonreview.net/BR20.4/Forbes.html>
- LEWIS, A. (2004) «Bush and the Lesser Evil», *New York Review of Books*, (51) 9.
- OLAVARRÍA, J. (2006) «El sexismo tortura y mata». *Antroposmoderno* http://www.antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=1012
- REVISTA SEMANA. (2004). «El cuerpo de las mujeres: botón de guerra». Medios para la Paz. Recuperado el 10 de Octubre de 2007 de <http://www.mediosparalapaz.org/index.php?idcategoria=2039>
- SEIFFERT, R. (1993) *War and Rape*. Geneva: Women's International League for Peace and Freedom.
- STEEL, R. (2004) «'The Lesser Evil': Fight Fire with Fire». *The New York Times*, 25 de Julio.
- VELÁSQUEZ, M. (2001) «Unas reflexiones feministas en torno a la guerra, la paz y las mujeres, desde una perspectiva de género». EN: *Hommes armés, femmes aguerries. Rapports de genre en situations de conflit armé*. Compilación Fenneke Reysoo. Ginebra: UNESCO.